

A su pesar, del peligro  
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno ¡Guardias!

Her.—Adiós, duque Othón.

(Se van por el foro derecho.)

### ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.— ¡Malditos!

¿Estais scrdos? ¡Ah! se escapan.

(Salen los guardias)

Corred, y muertos ó vivos

Vengan aquí: pronto, pronto.

Que Hermán toma ya el estribo.

(Se van los guardias.)

¡Jorge, Jorge! Mi caballo:

¡Sigamos á los bandidos!



### ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

### ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Si tardamos un instante,

Los fugitivos se escapan.

¡Vive el cielo! no creía

Que tal valor se encontrara

En ese obscuro guerrero:

¡Qué serenidad, qué audacia!

¿Y quién es el otro joven

Que al cruzado acompañaba?

Jorge.—Un hermano menor suyo,



Según parece: ¡por mi alma!  
Que los dos son muy valientes,  
Y por poco nos despachan!

Duque.—Es fuerza hacerles justicia:  
Manejan muy bien las armas;  
Y burlado nos hubieran,  
Si mis guardias no llegaran.

Jorge.—Y si no es por vuestra esposa,  
La victoria nos costara  
Mucha sangre; pero viendo  
Que la duquesa se hallaba  
En peligro, el mayor dijo:  
“Gustavo, deja la espada:  
La resistencia es inútil,  
No lograremos salvarla;  
Ríndámonos, quizá el duque  
Escuchará mis palabras.”  
Entonces llegasteis vos.

Duque.—Y me rindieron las armas:  
Quizá esperan que sus ruegos  
Desarmarán mi venganza;  
¡Ah! si tal esperan, Jorge,  
Vive el cielo que se engañan!  
El duque Othón sabrá pronto  
Lavar con sangre las manchas  
De su honor. ¿Y qué dijera  
La nobleza de Alemania  
Si esta osadía insolente  
Yo sin castigo dejara?  
No; morirán los traidores,  
Pagarán cara su audacia;  
Pero antes verlos deseo  
En mi presencia, á mis plantas

Arrastrarse, y confundirlos  
Con mis severas miradas.  
Ve pronto, Jorge, y los presos  
Conduce luego á esta sala.

(Se va Jorge.)

Hola... venga aquí Sofía.

(Llamando á la puerta izquierda.)

Temblar la veré á mis plantas.

## ESCENA II.

### EL DUQUE

¿Y es esta la mujer? vaso precioso  
De vil ponzoña, de amargura lleno:  
Risa sus labios, falsedad su seno,  
De bien y mal conjunto misterioso.  
¡Oh! quién pensar pudiera que Sofía,  
Con aquel aire tan ingenuo y puro,  
Así ocultase un corazón perjuro,  
Que virtud y modestia así mentía!  
¡Maldito el hombre que su honor entrega  
A una débil mujer! ¡Oh! sí, maldito!  
Un baldón en la frente lleva escrito,  
Y la hora al fin del desengaño llega.  
Y yo la amaba, ¡pérfida! la amaba,  
Y en su amor puse la confianza mía.  
¡Ah! me faltó la infiel! ¡tiemb!a, Sofía!  
¡Muera la esposa que mi honor manchaba!



## ESCENA III

EL DUQUE, SOFIA.

Sofía.—¿Qué me queréis. ¿Llegó ya  
De mi suplicio el momento?  
Libradme de mi tormento,  
La víctima pronta está.

Duque.—Infiel esposa, ¿tu frente  
No se cubre de rubor?

Sofía.—Nunca se cubre, señor,  
De rubor el inocente.

Duque.—¡Inocente! ¿tú, Sofía,  
Cuando os encuentro á los dos  
En una cita? Por Dios,  
Tal audacia no creía!  
¡Inocente, y de otro dueño  
En los brazos te entregabas  
Cuando á tu esposo juzgabas  
Hundido en profundo sueño!  
¿Cuándo con Hermán reías  
De mi necia estupidez!  
¿Cuándo mi nombre tal vez,  
Y tu suerte maldecías!  
¿Y por qué? ¿qué te hice yo  
Para aborrecerme así?  
Riqueza y nombre te dí,  
¿Ya lo has olvidado?

Sofía.— (Con firmeza)  
No.

Duque.—¿Recuerdas que en orfandad  
Hubieras siempre gemido;  
Que sin mí hubieras vivido  
En profunda obscuridad;  
Que yo me compadecí  
De aquel tu penar doliente,  
Y lleno de amor, tu frente  
Con mi diadema ceñí?  
¿Y cuál es el galardón  
Que tú me has dado, Sofía?  
Una mancha en la honra mía,  
Sobre mi timbre un borrón!  
¡Ah! si no la gratitud,  
Falsa y traidora mujer,  
Te debieran contener  
El deber y la virtud;  
Mas todo lo has olvidado;  
Cubres de oprobio tu nombre,  
¿Por qué? por seguir á un hombre,  
A un vil y obscuro soldado.

Sofía.—Basta, duque, basta ya,  
Que no alcanza el sufrimiento;  
Dadme la muerte al momento,  
Dios después nos juzgará;  
Pero repito, señor,  
Que no he sido delincuente,  
Y que puedo alzar mi frente  
Sin cubrirme de rubor.  
Fuí á una cita; ¿pero vos  
No sabéis á lo que fui?  
A decir á Hermán: De aquí  
Huye: para siempre adiós!

Duque.—¿Cuánto heroísmo!



Sofía. — Bien sé  
Que crédito no me dais:  
De mi virtud os burlais.

Duque. — (Con ironía.)

¿ Burlarme de ella? ¿ por qué?  
Digo que estoy convencido  
De vuestra lealtad, señora,  
Y lo vais á ver ahora:  
Injusto con vos he sido;  
Mas un momento de error,  
¿ Quién no lo tiene, Sofía?  
Ya vereis en este día  
Cómo pago tanto amor:  
Porque no es posible ya  
Dudar de que me amais, no;  
¿ Quién más dichoso que yo!  
Tu esposo te pagará  
Ese cariño.

Sofía. — Señor,  
Basta; dejad la ironía:  
Sé cuál es la suerte mía;  
La sufriré con valor.  
¿ Creeis que temerá morir  
Quien ha llamado á la muerte  
Tres años, porque su suerte  
Era llorar y sufrir?  
Sí, duque, la vida mía  
Era un eterno tormento.  
Y anhelaba este momento  
Como el fin de mi agonía.  
Y puesto que cerca estoy  
De tocar la eternidad,  
Oye, duque, la verdad,  
Oye, á decírtela voy.

En dichosa quietud, en dulce calma,  
Bajo del techo paternal vivía:  
Un dulce porvenir me sonreía,  
Un porvenir de dichas y de amor.  
Ese guerrero que llamais obscuro,  
Y hoy tenéis en prisiones alherrojado,  
Era un mancebo noble y esforzado,  
Idolo de mi ardiente corazón.  
Le amé, señor, le amé desde la infancia,  
Fué de mi juventud el dulce ensueño,  
Y juré hacerle de mi mano dueño,  
Como era dueño de mi pura fe.  
Mas para ser más digno de mi afecto,  
Fué á Palestina en busca de la gloria,  
En su pecho llevando y su memoria,  
La imagen ¡ ay! de su adorado bien.  
Vos entretanto por desgracia mía  
Me mirasteis, ¡ momento malhadado!  
Y de pasión fatal arrebatado,  
A mi padre dijisteis vuestro amor.  
Y el pobre anciano, próximo á la tumba,  
Y temiendo que Hermán no volvería,  
Vuestro amor escuchó con alegría:  
¡ Ay! tu cariño ¡ oh padre! te cegó.  
Mil veces me propuso vuestro enlace,  
Y mil veces le dijo el labio mío  
Que no era dueña yo de mi albedrío;  
Que era mi corazón sólo de Hermán.  
Él insistió, yo resistí, y un día.....  
¿ Os acordais? su vida se apagaba,  
Y ante mis pies, llorando se arrastraba....  
Y....yo juré cumplir su voluntad.  
Sí, lo juré; mas desde aquel instante  
No supe más de mí; yo fui arrastrada



Y ante mis pies, llorando se arrastraba...  
Sin saber lo que el labio pronunció.  
Duque.—¡Oh! ¿no lo recordais, noble se-  
(ñora?

Jurasteis ante Dips ser sólo mía,  
Sofía.—A la luz de una fúnebre bujía,  
Que alumbraba una estancia de dolor.  
Sí, lo recuerdo como ensueño horrible;  
Recuerdo que mi frente toqué luego,  
Y una diadema me encontré de fuego  
Que me quemaba la convulsa sien.  
Y comprendí lo que jurado había,  
Y blasfemé, ¡perdóname, Dios Santo!  
Y fui al altar y le regué con llanto,  
Y á vivir infeliz me resigné!  
¡Ah! vos visteis mis lágrimas amargas,  
Y me cubristeis de diamantes y oro:  
“Al fin, dijisteis, calmará su lloro  
El título pomposo que le doy.”  
Te engañastes ¡oh duque! tus riquezas,  
Las riquezas de un rey, ¿qué fueran?  
(¡nada!

Para el alma que está despedazada,  
Por el recuerdo de un perdido amor.  
Un corazón mis joyas ocultaban  
Por horribles tormentos carcomido:  
Mi habitación magnífica, ¿qué ha sido?  
Una prisión; mi lecho, un ataúd.  
Y sin embargo ¡oh duque! yo lo juro,  
Sofocar este amor he procurado;  
¡Oh! no lo conseguí; mas no he faltado  
Por un instante solo á la virtud.  
Duque.—Calla, calla, mujer; ¿ya no re-  
(cuerdas

Que yo estaba allí oculto, y te veía?  
Que el cruzado tus manos oprimía,  
Que en tu semblante el júbilo brilló?  
¡Oh! yo sé bien que las mujeres usan  
De mágicas palabras que adormecen:  
Que inocentes y puras aparecen,  
Cuando el crimen está en su corazón.  
Mas no me engañarás, no; de tu amante  
Verás rodar primero la cabeza:  
Tú morirás después.

Sofía.— Y con firmeza  
Arrostrar esa muerte me verás:  
Porque soy inocente: porque sólo  
En otra vida mi esperanza fundo:  
Porque un mar de dolor es este mundo,  
Y mi puerto hallaré en la eternidad.  
Pero si alguna vez te fuí querida,  
Escucha ¡oh duque! mi postrer acento,  
Mi último ruego: evítame el tormento  
De ver morir al infeliz Hermán:  
Concédeme, señor, que yo primero  
Baje á la tumba, y en aquel instante  
Yo rogaré por ti, y en mi semblante  
El perdón de tu crimen mirarás.  
Duque.—¡Perdón! ¡perdón! señora, os  
(agradezco

Tanta bondad; mas no la necesito:  
Vereis morir á Hermán, os lo repito,  
Y en vuestro acerbo tanto gozaré:  
¡Tú no sabes, mujer, lo que sufría  
Cuando en el parque oculto os contempla-  
(ba!

Mi corazón la fiebre devoraba  
Cuando las muestras de tu amor miré.



Sofía.—Señor, señor, ¿mi muerte no es  
(bastante

A saciar vuestra furia?

Duque.— No, señora.

Sofía.—A vuestros pies una mujer que  
(llora,

¿No hallará ni este rasgo de piedad?

¿Duque!.....

Duque.— Dejadme; vuestro ruego  
(irrita

Más y más mi furor; el ruego es vano:

No hay piedad para ti.

Sofía.— Pues bien, tirano,

Sacia, sacia tu bárbara crueldad.

Duque.—¡Oh! ya llega tu amante con su  
(hermano,

¿No palpita tu seno de ternura?

Sofía.—¿Tienes, destino atroz, más amar-  
(gura

Que verter en mi pobre corazón?

No puedo más; las fuerzas me abandonan:

Hasta las fuentes de mi amargo llanto

Agotadas están; ¡Dios justo y santo!

¿No escucharás el grito del dolor?

#### ESCENA IV.

Dichos, HERMAN, GUSTAVO (con cadenas.)  
JORGE, GUARDIAS

Her.—Aquí está ¡santo Dios! vuelvo á  
(mirarla!

Duque.—Llegad, noble y valiente caba-  
(llero:

Digno soldado de la cruz, miradla:

He aquí de vuestro amor el dulce objeto.

Venid, venid, para enjugar el llanto

De este ángel de bondad.... pero, ¿qué es  
(esto?

¿Tan frío ahora y tan ardiente antes!.....

¿Se ha apagado tan pronto el dulce fuego

De aquel amor ardiente, inextinguible?...

¿Bajais los ojos y temblais, mancebo?....

¿Un valiente guerrero así se abate?

¿No teneis que decir?

Her.— Que te desprecio.

Duque.—¿Y nada más?

Her.— Que te desprecio, duque:

Que tu ironía y tu ademán soberbio,

Con el que está cargado de prisiones,

Es muy digno de ti. Buen caballero,

Es más diestra tu lengua que tu mano:

Manda, tirano, manda que estos hierros

Me quiten un instante; al campo vamos;

Sollos allí los dos, y cuerpo á cuerpo



Nos batiremos, y verás entonces  
 Quién tiemb'la de los dos: ¿así tan presto  
 Has olvidado, duque, que mi mano  
 De la tuya saltar hizo el acero?  
 Te perdoné la vida, miserable:  
 Eres cobarde, duque, y te desprecio.  
 Duque.—A una casualidad debiste el

(trunfo,

A una casualidad, ¡viven los cielos!  
 Si fueras tú mi igual, si fueras noble,  
 Yo lidiara contigo en campo abierto,  
 Y allí la fuerza vieras de mi brazo,  
 Y el filo allí probaras de mi acero;  
 Pero el que entró de noche en mi castillo,  
 Su edad, su nombre y condición fingiendo:  
 El que intenta robarme así la esposa,  
 De la profunda noche en el silencio,  
 Debe morir en un cadalso infame,  
 No cual mueren los nobles caballeros:  
 Sí, morirás, y morirá contigo,  
 De tu pasión el criminal objeto.

Her.—¡Criminal! ¡criminal! ¡oh! no la ul-

(trajes,

Duque; tu esposa un ángel es del cielo,  
 Es la misma virtud: en este instante  
 Solemne para mí, por el Eterno,  
 Juro que es inocente, sí, lo juro:  
 De mi vida en el último momento  
 Lo tornaré á jurar: salva su vida,  
 Sálvala, duque, sólo yo soy reo:  
 Yo, sí, que á arrebatártela venía,  
 Porque desde la infancia un juramento  
 Nuestras almas ligó; lazo sagrado,  
 Que tus riquezas, tu poder inmenso,

Un "sí" arrancando en medio de un delirio,  
 Nada bastó á romperle, porque el cielo  
 Grabó el amor en nuestras tiernas almas,  
 Con caracteres de imborrable fuego.  
 Duque.—¡Oh! yo lo borraré! la losa fría  
 De tu sepulcro apagará ese incendio;  
 Y lo que no ha podido la distancia,  
 Ni el deber, ni el transcurso de los tiempos,  
 La muerte alcanzará.

Her.— No, de la tumba  
 A la región celeste volaremos,  
 Y allí de Dios en la presencia augusta,  
 De aquel Dios que en nuestra alma está

(leyendo,

De aquel Dios, ante el cual el oro es polvo,  
 Y la grandeza de los hombres viento,  
 Premio dulce hallará nuestro martirio,  
 Y allí por siempre á unirnos volveremos.  
 Y tú, Sofía, pura como el ángel  
 Que gira en torno al trono del Eterno,  
 Alza tu frente cándida y sublime;  
 No temas el morir.

Sofía.— ¡Ah! no lo temo:  
 La muerte es mi consuelo, mi esperanza:  
 Sí, morir juntos, mi único deseo;  
 Pero verte sufrir ¡oh! no es posible,  
 Hermán; no tengo para tanto, esfuerzo.  
 ¡Duque! ¡Señor! que caiga á un tiempo

(mismo

La cuchilla fatal en nuestros cuellos.  
 Duque.—¿No te lo dije ya? soy inflexible.  
 Jorge, vuelve á llevar los prisioneros:  
 Que arreglen los negocios de su alma:



Un cuarto de hora sólo les concedo;  
 Cuando suenen las once en el castillo,  
 Cumpla el verdugo su deber.

Jorge.— Entiendo.  
 (Sofía corre hacia Hermán: Jorge y los  
 guardias se lo impiden.)

Her.— Adiós, Sofía.

Sofía.— ¡Hermán! á mi llevadme,  
 Arrastradme con él!

Her.— ¡Pesados hierros!  
 ¡Ah! si mis brazos estuviesen libres!

Duque.— Separadlos.

Her.— Confúndante los cielos!

Vamos, Gustavo.

Gus.— ¡Oh madre mía!

¿Quién te consolará?)

Jorge.— Vamos.

Her.— Marchemos.

(Se van).

### ESCENA V.

EL DUQUE, SOFÍA.

(Se pasea muy agitada: luego se encara al  
 duque, con la sonrisa de la desesperación.)

Sofía.— ¿Estás contento ya?

Duque.— (Con calma.)

Lo estaré pronto.

Sofía.— Yo también lo estaré, porque los  
 (cielos)

Harán que alguna fibra se me rompa

Del corazón en su latir violento:  
 Si, pronto moriré; pero tú, duque,  
 De tu riqueza y tu esplendor en medio,  
 ¿Gozarás de quietud? no; nuestra sombra  
 Te seguirá, y en torno de tu lecho  
 Nuestros espectros clamarán: "¡Vengan-  
 (za!"  
 Y al fin nos vengará el remordimiento.

### ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.— Señor: á vuestro castillo,  
 Una miserable anciana  
 De llegar acalaba ahora,  
 Y pide que á vuestras plantas  
 Arrojarle permitan.

Duque.— En una ocasión muy mala  
 Pide audiencia: despedidla;  
 Vuelva otro día, mañana,  
 Hoy á nadie escuchar quiero.

Paje.— Es urgente y de importancia  
 Lo que tiene que deciros,  
 Según se expresa.

Duque.— Por mi alma  
 Que es muy necia esa mujer.  
 Haced que pase á esta sala.

(Se va el paje.)

Oigámosla brevemente.

Paje.— Entrad ya, señora.

Ida.— Gracias.



## ESCENA VII.

SOFIA, EL DUQUE, IDA,

Ida.—Permitid que de rodillas....

Duque.—Levantad, buena mujer.

¿En qué os puedo complacer?

Ida.—Pronto lo sabreis, señor.

Duque.—Sentaos.

Ida.— Así lo haré,  
Porque estoy muy fatigada:

Es muy larga la jornada

Que he tenido que hacer hoy.

Duque.—Sed breve, mujer, que tengo

Poco tiempo de escucharos.

Ida.—Procuraré no cansaros:

Ya empiezo mi narración.

A algunas millas de aquí,

Hace tiempo que existía

Una joven, que vivía

En su tranquila mansión.

Sus padres eran honrados,

Pero pobres; su ventura

Se cifraba en la hermosura

De la hija de su amor.

¡Pobre niña! la inocencia

Sobre su frente brillaba,

Y la risa se ostentaba

En su labio encantador.

Era hermosa como el cielo,

Y como el cielo era pura;

Mas ¡ay! por su desventura

Un señor noble la vió.

La vió, y en su seno ardiente

Latió el corazón malvado,

De un amor desenfrenado,

Y hacerla suya juró.

Y con la risa en los labios,

Un amor puro mintiendo,

Poco á poco seduciendo

Fué su noble corazón.

Duque.—¡Pobre niña!

Ida.— ¿No es verdad

Que fué un infame aquel hombre

Que fingió su estado y nombre

Para cubrir su intención?

Y é!a la pobre, inocente,

Alma de cándido niño,

Aquel mentido cariño

Sedujo su corazón.

Timida, sin experiencia,

Sin mundo....;desventurada!

Fué por el noble burlada.

Duque.— (Con agitación.)

¡Dios mío!

Ida.— ¡Horrible traición!

No es esto todo; el malvado,

Ya que consiguió su intento,

Huyó, dejando el tormento

En el pecho que rompió:

Huyó, y dejó á la infelice

Con su vergüenza y su luto,

Y en su triste vientre el fruto

De aquel desdichado amor.



(Observándolo.)

¿Temblais, señor?

Duque.— (Con interés.)

Proseguid.

Ida.—La joven desventurada  
 Echó al mundo una mirada,  
 Y vió vergüenza y dolor:  
 En lo pasado, recuerdos  
 De virtud y de ventura;  
 En lo presente, amargura;  
 En el porvenir... ¡oh, Dios!  
 ¿Concebís, señor, la suerte  
 De esta infelice? gemía,  
 Y su nacer maldecía,  
 Y del cielo blasfemó.  
 Una noche... ¡noche horrible!  
 Las estrellas no brillaban,  
 Los huracanes bramaban,  
 Todo era espanto y horror!  
 La joven en su vergüenza,  
 Loca, ciega, delirando,  
 Huyó, su casa dejando,  
 La casa donde nació;  
 Donde sus padres ancianos  
 Con su cariño vivían,  
 Y otro hijo ¡ay, Dios! no tenían  
 Que aliviase su dolor!  
 Donde dormían tranquilos  
 Junto á su hija descansando,  
 Tal vez con ella soñando,  
 Y ella... ¡miserable, huyó!  
 Y al despertar los ancianos  
 A la infeliz llamarían;

¡Miseros! no encontrarían  
 Sino el lecho que dejó.  
 El lecho humilde en que un día  
 Tranquilo sueño gozaba,  
 Cuando su alma pura estaba,  
 Sin crimen su corazón.

¿Llorais?

Duque.— (Con mucha turbación.)

Seguid, buena anciana,

Seguid esa triste historia.

(Es un sueño... ¡oh! ¡qué memoria!...

Seguid, anciana, por Dios.

Ida.—La pobre joven en tanto,  
 Sin recursos, sin abrigo,  
 Ni un hermano, ni un amigo  
 En quien hallar compasión;  
 Sus cabellos en desorden  
 Errando á merced del viento,  
 Con el rostro macilento,  
 Devorado el corazón.  
 Lejos de su patrio suelo,  
 De puerta en puerta buscaba  
 Un pobre pan, que regaba  
 Con lágrimas de dolor.  
 En tanto el tiempo pasaba,  
 Y llegó por fin el día  
 En que dar á luz debía  
 La causa de su rubor.  
 En una triste cabaña,  
 Sin más testigo que el cielo,  
 Llorando, en el frío suelo  
 Un triste niño nació.  
 Y el angelito de hambre



Junto á la madre gemía.....  
 ¡Ay! la madre no tenía  
 Leche que darle.....

Duque.— ¡Qué horror!

Ida.—Y sangre en vez de alimento  
 Mamaba el niño.

(Se levanta el duque muy agitado: luego  
 se vuelve á sentar.)

Puque.— ¡Dios mío!

Ida.—Hasta que en el suelo frío  
 La triste madre cayó!

Duque.—Esa historia es espantosa,  
 Anciana.

Ida.— Sí, y verdadera.

Duque.—Proseguid...; de qué manera?...  
 Decid lo que sucedió.

Ida.—Un hombre, ó más bien, un ángel.

Por allí entonces pasaba:

Oyó al niño que lloraba,

Y en la triste choza entró.

Este hombre, este hombre benéfico

Miró á la madre espirante,

Y al tierno misero infante,

Y todo lo comprendió.

Este hombre de bondad lleno,

Volvió á la vida la madre,

Y al niño sirvió de padre,

Y con la joven se unió.

Dios bendijo las virtudes

Del amable y buen esposo,

Y otro hijo el cielo piadoso

Benigno le concedió.

Pero Dios escrito había

En el libro del destino,

Que la esposa en su camino

Hallara siempre dolor.

Y un funesto, horrible día,

La muerte con mano helada,

A la esposa desdichada

Su bienhechor le robó.

Duque.— ¡Infeliz! ¿sabeis el nombre

Que aquella mujer tenía?

Decídmelo.

Ida.— Todavía

No acabo mi narración.

Esta mujer, esta madre,

Halló en sus hijos consuelo,

¡Ángeles puros del cielo,

Dignos de suerte mejor!

Pero hay seres infelices

Nacidos para el quebranto,

Amasados con el llanto,

Marcados con el dolor.

Esta madre desgraciada,

En lo último de su vida

Recibió una nueva herida,

Herida la más atroz.

Aquel noble, aquel malvado

Que la arrastró hacia un abismo,

El mismo, señor, el mismo,

Sus hijos le arrebató:

Sus hijos, que eran su escudo.

¡Sus hijos! ¡miserable anciana!

Ya no los tendrá mañana;

Todo para ella acabó.

Mañana en misero lecho

Morirá desesperada,



Sin tener la desgraciada  
A quien decirle un adiós.

(Echándose á sus pies.)

A vuestras plantas la pido,  
Contra el malvado que ha sido  
Causa de tanto dolor.

Duque.—Levántate y dime el nombre  
De esa mujer, por tu vida.

Ida.— (Con firmeza.)  
Su nombre, señor, es..... ¡Ida!

Duque.—¡Ida! ¿y dónde está?

Ida.— Yo soy.

Duque.—¡Cielos!

Ida.— Conoceis la víctima;

Mas no me habeis preguntado  
Yo vengo á pedir justicia;  
Por el nombre del malvado:  
Se llamaba... el duque Othón.

Duque.—¡Calla, calla! ven aquí,  
Déjame ver tu semblante.

Sofía.—¡Gran Dios!

Ida.— Yo fui vuestra amante:

¿Me reconocéis, señor?  
Difícil es en mi rostro  
Que reconozcais á Ida,  
Ya rugada, envejecida  
Por el tiempo y el dolor.  
Pero soy la misma.

Duque.— Si.

Y aquel niño ¡oh Dios! será...

Ida.—¿Vuestro hijo?

Duque.— Sí, ¿dónde está?

Ida.—En una obscura prisión.

¡Oh fatalidad horrible!

Su mismo padre inhumano  
Descarga la cruda mano  
Sobre su hijo.

Sofía.— Eterno Dios!

Duque.—(Gritando con la mayor ansie-  
siedad.)

¡Jorge! ¡Jorge! ¡padre inicuo!

¡Jorge! ¡Jorge! ¡horrible día!

¿Será tiempo todavía?.....

¡Jorge!

Jorge.— (Saliendo.)

Mandadme, señor.

Duque.—Vuéla, suspéndase al punto  
El suplicio.

(Se va Jorge.)

Ida.— ¿Qué he escuchado?

¡Conque á muerte condenado!....

Duque.—¡A muerte, á muerte! ¡qué horror!

Pero es tiempo todavía.

No ha sonado la campana.

(Suena un reloj lejano, las once.)

Todos.—¡Ah!

Ida.— (Cae desmayada.)

¡Gran Dios!.....

(Después de un rato.)

Misera anciana,

Todo para mí acabó.

(Gran pausa.)

Duque.—¡Silencio! silencio! ¡oid!

¡Ah! si á tiempo habrá llegado

Jorge!... ¡callad!... se ha salvado.

Míradle.

(Se oyen pasos á lo lejos, que se van  
acercando.)



Ida.— (Cayendo de rodillas.)  
Gracias, señor.

ESCENA VIII.

Dichos, HERMAN, GUSTAVO, JORGE,  
GUARDIAS.

Her.— (Corriendo á sus brazos.)  
¡Ah! ¿vos aquí, madre mía?

Gus.— ¡Madre, madre!

Ida.— ¡Hijos! ¡Dios bueno!

¡Ah! los estrecho en mi seno,

Y lo dudó todavía!

¡Ingratos! dejarme así

En abandono profundo!

Dejarme sola en el mundo.

Sin tener piedad de mí!

Her.— (Al duque.)

¡Perdón, madre! Y tú, tirano,

¿Por qué suspender ordenas

El suplicio?

Duque.— (Con calma.)

Esas cadenas

A él quitadle, y á su hermano.

(Le quitan las cadenas.)

Her.— ¡Qué escucho! ¿es un sueño? ¡Ma-  
(dre!

¡A vos os debo el vivir?

¡Ah! no; dejadme morir.....

(Al duque.)

Bárbaro.....

Ida.— ¡Calla! ¡es tu padre!

(Pausa.)

Her.— (Con sorpresa.)

¡Mi padre!

Duque.— Tu padre..... sí...

¿Lo dudas?

Her.— ¡Mi padre!... ¿vos?

Ida.— Si, Hermán, tu padre.

Her.— ¡Gran Dios!

¿Quereis burlaros de mí?

¿Mi padre?... ¿Es cierto, Sofía?

Sofía.— Si, Hermán: él tu padre es.

Ida.— ¡Hijo, arrójate á sus pies.

Her.— ¡Perdón!... (¿Sueñas, alma mía?)

(A los pies del duque.)

¡Perdón!....

Duque.— (Levantándole á sus brazos.)

Hermán, ven aquí:

Hijo, ya estás perdonado.

¡Ah! yo también te he ultrajado,

¿Me perdonarás tú á mí?

Her.— ¿Y lo dudáis? ¡oh! mi frente

Está sin juicio... abrasada!

¡Oh Sofía desgraciada!

¡Oh padre! ha sido inocente

Vuestra esposa; padre mío,

No es ha faltado, lo juro

Por mi madre; es ángel puro.

Duque.— Dios te bendiga, hijo mío.

Her.— ¡Oh madre! ¿soñando estoy?

¿Qué desdichada es mi suerte!

¡Y mi amor! ¡mi amor! la muerte!

¡La muerte! ¡á buscarla voy!

¡Oh madre! ¡oh Gustavo! adiós!



¡Adiós, padre! ¡adiós, Sofía!  
 Olvidad la pasión mía,  
 Y sed venturosa vos.  
 ¡Oh! yo no debo vivir!  
 Vuelvo á la Tierra sagrada,  
 Y allí una tumba ignorada  
 Hallaré donde dormir.  
 Duque é Ida.—¡Hijo!  
 Gus. Sofía.— ¡Hermán!  
 Her.— A ti confío  
 Nuestra triste madre, hermano:  
 (De rodillas.)  
 Dadme á besar vuestra mano.  
 Ida.—¿Te vas, te vas, hijo mío?  
 Gus.—¿Te vas?  
 Her.— Para siempre, sí:  
 Adiós, padre....Hermán....Madre.  
 (Hermán va abrazando á todos cuando los nombra; va á abrazar á Sofía....se detiene y dice los últimos versos).  
 ¡Ah!.... tu amor para mi padre,  
 Y un suspiro para mí!

FIN.

## INDICE.

	Págs.
Biografía del autor.....	V
POESIAS LIRICAS.	
El porvenir.....	3
A Amira.....	5
A una rosa marchita.....	7
La felicidad.....	9
La vuelta del desterrado.....	12
La risa de la beldad.....	15
A mi amada llorando.....	17
La despedida.....	19
A un amigo en mi ausencia.....	21
Los recuerdos.....	22
La soledad (Traducción de Lamartine).....	24
Invocación (Idem).....	28
El veterano.....	30
Brindando á las Mexicanas el 16 de Septiembre de 1837.....	33
A la juventud zacatecana.....	34